

Algunas notas sobre poder y comunicación.

Rui Pereira. Portugal.

El presente texto no se intitula “notas sobre...”, por un efecto retórico, sino por constituir, de hecho, un puñado de notas para una charla proferida en Junio último a invitación de Nabarralde sobre el tema y a las que no he introducido alteraciones de sustancia. Así, bajo esta forma de junción de tópicos, deberá ser entendido. Se lo conservé así porque, de hecho, se trata de algo respecto al que se han producido millones de textos y la sensación resultante del conocimiento de muchos y muchos de ellos es que, antes todo, no se ha logrado producir más que algunas notas de cada vez sobre el asunto.

Las nociones de imagen, de información, de comunicación (más bien de entera comunicabilidad) se entronizan en el sistema de orientación intelectual de nuestro mundo dicho occidental como una mitificación e igualmente en cuanto una poderosísima mistificación. La idea muy diseminada de visibilidad total, originando mitos cómo el de que cualquier dictador tiene ahora la vida más complicada, por ejemplo, no puede ecuacionarse seriamente sin la paradoja que le corresponde, a saber: que lo que no fue tornado visible ¡no aconteció!, aunque fueran actos de un dictador cualquiera. Esta contradicción introduce un relativismo total en nuestra auto-satisfacción respecto a las posibilidades de un mundo más informado, probablemente mejor formado y de lo que suele llamarse con un optimismo necesariamente sospechoso, la nueva sociedad de la información y del conocimiento. Lo que sí parece cierto es considerar que hoy día, como en toda la Historia de la Modernidad hablar de poder y de comunicación raramente habrá sido hablar de cosas distintas, pero sí de una y la misma cosa.

Grandes líneas en Historia Política de los Medios y Economía Política de los Medios

En trazo grueso podremos constatar al mirar al primero aspecto (Historia Política) bajo la constatación del hecho central de que todos los avances tecnológicos que hicieron de la comunicación social una industria y enseguida un universo de representación del real capaz de sustituirle, han conocido siempre el mismo recorrido, de arriba abajo. Es decir, de los estamentos del Poder, hacía su socialización político-mercantil.

Así se pasó con el telégrafo, así se pasó con el teléfono, con la radio la televisión y hoy día con Internet. O sea el paso de de su uso militar de poder hacia su uso social-mercantil (la conversión de los descubrimientos técnico-científicos en aparatos de poder nos remitiría a una problemática quizás no tan lejana de la nuestra cuanto podría parecer a una primera mirada, sobre las relaciones entre ciencia y poderes, pero que no es efectivamente nuestro sujeto).

Bajo la segunda perspectiva, habremos de constatar que la formación de una economía política de los medios obedeció también a un trazo razonablemente coherente que siguió, sin embargo, el recorrido inverso, de abajo hacia arriba. Es decir: de un uso social difuso (los pequeños periódicos familiares o ideológicos de los siglos XVI al XVIII, por ejemplo), hacia la constitución de las primeras grandes formaciones de grupos concentrados de medios de comunicación en manos de un empresario de la rama. Pasamos de este modo de su inicial uso político-social difuso para su uso político-mercantil concentrado.

Se trata, evidentemente, de grandes líneas y no de la multitud nada rectilínea de ejemplos y excepciones que quizás nos servirían por su singularidad para confirmar una probable regla general.

En todo caso, las consecuencias de estos recorridos históricos, a los que siempre habremos de llevar en cuenta a la evolución tecnológica, fueron inmensas. Si hubiéramos de elegir cuatro grandes momentos en el historial de la reproducción social del discurso, nos encontraríamos básicamente con lo que podríamos llamar por conveniencia de servicio: El púlpito medieval y

post-medieval; La edad de la reproducción discursiva limitada; La edad de la reproducción discursiva industrial; La edad de la proliferación tecnológica concentrada

Aunque de un modo muy resumido, resultará curioso constatar como todos tienen por base premisas que, de ser idénticas, se instituyen en cuanto unas regularidades observables en la formación de todo discurso de poder.

El púlpito medieval y post-medieval en cuanto instancia donde se concentran la producción y reproducción discursiva a lo largo de siglos de lo que llamamos la civilización occidental, recoge sus orígenes en la adopción por el emperador Constantino del cristianismo como religión de Estado, que va a permitir a la iglesia una tremenda acumulación de riquezas y, luego de poder. Efectivamente, será la viejísima lógica de unas riquezas que sirven a su poder y un poder que sirve a sus riquezas, bajo la que la Iglesia católica se transformará, a lo largo de los siglos no ya solamente en un Estado, sino en una institución de legitimación política de los Estados.

Legitimante física, política y moral del Estado y a través suyo de todo el cuerpo social, la Iglesia mantiene su poder a través de la diplomacia de bastidor, la sangre de las guerras y de la prédica en los templos en cuanto todo un cuerpo discursivo de creencias, de una realidad construida e impuesta, de la creación de un derecho administrativo propio y, por ende, de una férrea concentración del saber rigurosamente administrado. De ese modo irá instaurándose un “orden gnoseológico” que perdurará hasta que vengan a afirmarse las tendencias de laicización del Estado.

La edad de la reproducción discursiva limitada coincide con el movimiento histórico de la formación de un saber que se vuelve progresivamente más independiente del orden del saber jerárquico de la Iglesia, sobretudo a partir de las grandes crisis cismáticas y también de los avances tecnológicos generados por la tipografía.

La atomización del creyente en la Europa Protestante, los subsecuentes progresos de la capacidad de leer y la formación de nuevos poderes económicos con aspiraciones políticas, ya sabemos estarán en la génesis del Estado moderno, es decir del Estado laico o en proceso de laicización.

Este fenómeno tiene que ver, pues, con la formación y el entendimiento progresivo del Estado en cuanto un campo autónomo que se inscribe en movimientos más amplios de autonomización económica, social, política y cultural.

El nuevo mundo urbano, la división social del trabajo, la emergencia de las corporaciones, los avances técnicos de todo este período precapitalista, permiten la ocurrencia organizada y asumida de conflictos de intereses, cuya expresión y virulencia conviene reducir al marco endógeno del sistema político respectivo, sin lo que explotará la idea y la práctica de la revolución –como de hecho va a ocurrir por toda Europa y en América-.

De este momento/movimiento histórico resultarán dos elementos que pautan ya el futuro que vendremos a ser nosotros: de una parte la expresión pública aunque todavía difusa de intereses organizados y de otra la correspondiente necesidad de su contención en un marco admisible de corrientes de opinión autorizadas que es el origen del concepto mismo de opinión pública.

Simultáneamente, al buscarse la organización de los medios necesarios a expresarse, dichas corrientes públicas de opinión buscarán también el marco político-jurídico que se lo permita. Al no lograrlo, la contradicción se rinde evidente plasmándose en una tensión relativamente nueva en términos modernos. Es decir, al organizar su expresión, la opinión pública intenta influir; mientras que al sistema de poder instalado, ante el riesgo de que dicha influencia se torne efectiva, no le queda más que reprimirla, cuando ya no le resulta posible controlarla.

La reproducción discursiva industrial viene a heredar, pues, una contradicción esencial entre lo que es su génesis de movimiento histórico de autonomización sucesiva y las nuevas necesidades de control de dichos procesos emancipadores.

Los nuevos poderes irán a lidiar con esta contradicción de forma coherente: al instituir una racionalidad económica de concentración que afectará el tipo de propiedad predominante (de la pequeña empresa a la usina), de la organización del trabajo (pasando del pequeño artesano trabajando por su cuenta, al proletario) y de la construcción de un conyunto de mecanismos de delegación a cargo del que quedarán los márgenes autorizados de intervención legítima, en lo político. Esquemáticamente tendríamos algo como la creación de sinergias en lo económico mediante la concentración de la propiedad y el encauzamiento de la participación política a través de la delegación

Es de este doble mecanismo que van a resultar la formación del modelo moderno de Estado, la institución de mecanismos electorales restrictivos y la constitución a través de la representación, de un cuerpo de elite de dirigentes que alberga a la llamada clase política, pero también económica, social, empresarial y cultural.

Dos problemas mayores se levantan en este punto de la trayectoria formal del sistema de poder que se va erigiendo: la manutención de legislación restrictiva en materia de derecho de voto y el control de los representantes por sus representados.

En un nivel informal se planteará además de los dos anteriores, el problema del papel de los poderes no-electos en la distribución del juego político. [También en el plan de las finalidades materiales a las que está volcado dicho dispositivo, podríamos hablar aún de las necesidades insaciables de acumulación de capital y depredación de riquezas ajenas, para enmarcar a la totalidad de las fuentes de enfrentamiento que recurren todo el período de instalación capitalista y más allá de ello. Pero tendremos que quedarnos, por ahora, en los límites de lo formal, por razones de algún método en la discusión]

El primer problema consiste en una imposibilidad natural, por definición, de contener al impulso tendiente al sufragio universal, algo que estaría en el mismo código genético del sistema instituido. Será resuelto con otros expedientes, donde ingresarán ya los ingredientes del dispositivo comunicativo, como resultará de nuestra exposición más adelante.

El segundo se solucionará más fácilmente aún que no con menos sangre, a través de la inversión de los términos de ecuación para lograr su resolución, mediante la movilización constitucional o extra-constitucional de todos los recursos represivos existentes y a criar, para que en lugar del control de los representantes por los representados se realice el control de los representados por los representantes, en nombre de la funcionalidad del sistema, o sea, de su gobernabilidad.

Bases del paradigma político-comunicativo de la modernidad/ La guerra como modelo

El orden político y comunicativo que se instituye a lo largo de los tres primeros lustros de siglo XX, hasta la I Guerra, vivirá, entonces, bajo el denominador común de la centralización: centralización de los poderes políticos de Estado; centralización de los poderes económicos; centralización /coordinación de los aparatos represivos; centralización de los flujos comunicacionales (grandes grupos (Hearst-Pulitzer y advenimiento de la radio).

Se trató de una operación conducida en niveles simultáneos, involucrando además el perfeccionamiento de las instituciones judiciales, penales y penitenciarias dotándoles de una racionalidad económica y de una finalidad política. Así, a la vez que intentaba garantizarse que "la mano oculta" que denunciaba en su tiempo el propio John Smith sería efectivamente importante en la regulación de los mercados económicos (abolición de la legislación anti-trust

en Estados Unidos en comienzos del siglo XX, por ejemplo), se creaba también todo un simulacro retórico que permitiría a las elites decantar a sus decisiones en función de la gobernabilidad y no en función del consenso democrático. De otra forma, asegurándose al sistema de dominación que los representantes controlaban a los representados y no el contrario.

Operación que visó pues, en definitiva, garantizar que el principio de un hombre-un voto no iba a hacer peligrar la realidad práctica de que los intereses más poderosos en cada sociedad pudieran seguir siéndolo y actuando en conformidad.

En mi entender puede considerarse que este es el marco general de donde van a brotar las técnicas y procedimientos centrales de control del discurso que siguen ocupándonos todavía en nuestros días

Marcada por dos grandes guerras, la historia de occidente es devastadora en la primera mitad del siglo XX, incluso se consideramos que no progresó manifiestamente en la segunda mitad, lo que me parece muy razonable considerarse.

Respecto al paradigma comunicativo, la guerra permitió perfeccionar en extremo los dispositivos de censura y de propaganda que habrían de trasladarse, enseguida, a la paz, bajo formas menos explícitas pero, quizás por eso, más eficaces. El modelo matricial fue el comité Creel estadounidense en la I Guerra, involucrando a gente de la talla de un Edward Bernays o Walter Lippman. De ahí saldría lo que quedó instituido en cuanto entidad propia y hasta estimable, la llamada industria de las Relaciones Públicas.

Evaluando en una descripción de 2003 el experimento "Creel", el Strategy Research Project del ejército de Estados Unidos, subraya como "Las poblaciones eran movilizadas y enseñadas a odiar al enemigo, y a responder emocionalmente a las atrocidades, aunque inventadas o exageradas. La opinión doméstica e internacional debería ser moldeada en secuencia de la declaración de guerra en Abril de 1917", algo difícil porque, recuérdese, Wilson basara todos sus compromisos electorales en la promesa de la paz.

Sin embargo, "los esfuerzos inflamatorios y la retórica propagandística de Creel logró cambiar la opinión pública americana respecto a Alemania, transformando a un grupo étnico otrora altamente respetado en algo de temible y ignominioso. El Comité Creel usó a todos los medios de comunicación disponibles para formatear a la opinión, así como para controlar, centralizar e incluso censurar la información" entre 1917 y 1919. Se cumplían así, todos los objetivos del Comité que, tal y como aclara el coronel Brad M. Ward (2003), consistían en "exhortar la lealtad y la unidad internos mientras se promocionaba el entendimiento y el apoyo a los objetivos de la política exterior de Estados Unidos".

Lo que ha aportado la guerra al paradigma político-comunicativo del occidente hasta los años 50 fue la resolución práctica de la disyuntiva teórica que por lo menos desde doscientos años antes dilaceraba a más de un filósofo político. El saber si la libertad de expresión y de prensa era o no era, por si sola, un elemento, un sinónimo de "buen gobierno".

Técnicamente Creel y sus perfeccionadores han demostrado una verdad que habría de tornarse nodal para la cuestión central que moviliza todo el dispositivo de dominación: - el dominar. Bien sea en dictadura, bien sea en democracia: ese nudo consiste en subrayar como censura y propaganda son las dos caras de la misma moneda y pueden marchar juntas en la formación de un discurso de poder con eficacia extrema.

La conclusión parece indicarla el fragmento siguiente, del final de siglo, de un experto militar estadounidense, anticipando los tiempos futuros: "La naturaleza volátil, incierta, compleja y ambigua del siglo XXI promete dos garantías: las tropas continuarán desplegándose en situaciones de peligro; y los militares continuarán avanzando de la mano con los medios de

comunicación, en una feliz armonía agridulce. Esto es solo natural” (Coronel Barry E. Willey, Ejército de EE.UU Military Review I Mayo-Junio 1999).

La proliferación tecnológica concentrada

Eric Hobsbawm llama a los “30 años de oro” que han sucedido a la II Guerra, el misterio más inexplicable de la economía mundial en el siglo XX y, quizás en absoluto, el mayor misterio de todo el siglo. Se trata de saber ¿como fue posible mantener un crecimiento económico extendido a todo capitalismo real, pero también y al mismo tiempo al socialismo real?

La emergencia y consolidación de una clase media uniforme en distintas geografías del occidente, la elevación de su nivel de vida, las políticas asistenciales del Estado del Bien-Estar, podrán ser el marco más remarcado (y uno de los más notables, a par con el incremento del foso entre ricos y pobres, otra tendencia consistente) de nuestra época.

Los rasgos que le corresponden en materia político-comunicacional son de dos tipos: La fusión de los contenidos, géneros y medios de una parte y, de otra parte, su expansión virtualmente ilimitada

Los dos aprovecharán a toda la experiencia represiva que viene del pasado guerrero y del sistema político basado en la excepción (que vigoró durante los primeros 30 años del siglo XX por toda Europa, convendrá no olvidarse) para conformar la excepción política en regla de entretenimiento. El tiempo del espectáculo no más se hará de dictadores antipáticos pero de políticos simpáticos; tan simpáticos como poco creíbles. Aquello a que algunos críticos contemporáneos suelen llamar “la suave dominación”, lo han puesto ya de manifiesto de forma particularmente dos autores, Huxley y Debord, en épocas muy distintas.

En el prólogo a la edición de 1946 de “Mundo Feliz” escribió Aldous Huxley que “no hay ninguna razón, bien entendido, para que los nuevos totalitarismos se parezcan con los antiguos. El gobierno por medio de las porras y pelotones de ejecución, de hambronas radicales y deportaciones masivas no solamente es deshumano (lo que parece no importar a muchas personas, presentemente); es –se puede demostrar- ineficaz. [...] Un Estado totalitario verdaderamente eficiente será aquel en que el todo-poderoso comité ejecutivo de los jefes políticos y su ejército de directores tendrán el control de una población de esclavos a los que será inútil constreñir, una vez que todos amarán a su servidumbre. Hacer con que le amen, tal será la tarea atribuida en los Estados totalitarios de hoy a los ministerios de la propaganda, a los redactores-jefes de los periódicos y a los maestros-escuela”.

El segundo, fue, en un texto de 1987, antes pues de la vulgarización de Internet y de las actuales generaciones de la tecnología de comunicaciones, Guy Debord, al subrayar que “el hecho simple de que se encuentre sin replica, concedió al falso una calidad enteramente nueva. Es que al mismo tiempo el verdadero ha dejado de existir [...] o en el mejor caso, se vio reducido a una hipótesis que no puede nunca ser demostrada. [...] Desde que uno detiene el mecanismo de comando de la sola verificación social que se hace plenamente y universalmente reconocerse dice lo que se quiera” (“Comentarios Sobre a Sociedade do Espectáculo” – *Comentarios sobre la Sociedad del Espectáculo*)

Estos principios se han entronizado como una técnica de regulación aplicable a todos los temas del discurso social sobre los cuales penda la otra tecnología de la “gubernamentalidad” contemporánea, cual es, la aplicación no declarada del estado de excepción ya no solo a zonas geopolíticas de crisis de poder, sino al mismo discurso socialmente reproducido.

La televisión fue, en este marco, el elemento más decisivo de cuantos hemos tenido, una vez que realizó la síntesis mágica de la herencia histórica de los discursos de la política, del periodismo, del cine, de la música, y extendiéndoles a la esfera del ocio y de la intimidad misma de las gentes, en sus casas.

La televisión representó algo con que ni el más optimista y astuto dictador pudiera imaginarse hasta su advenimiento: poner a miles de millones de personas asistiendo a la misma cosa al mismo tiempo, con el efecto más poderoso posible, es decir, agenciándoles el tema de su conversación privada en los momentos siguientes.

No nos detendremos en esta comunicación en el análisis de las técnicas específicas de propaganda y manipulación, objeto de otra conferencia del presente ciclo. Así que nos daremos cuenta únicamente de dos o tres reflexiones pertinentes que atienden a lo que viene enseguida.

Antes todo, la nota de que más que absorber a dichas herencias, la fusión ya no solo de la propiedad de los medios, pero también de los géneros y contenidos que producen, contribuyendo para un enunciado continuado en clave espectacular de todo lo visible. Lo mismo es decir, que los medios se las arreglan para instituirse a unos como inspiradores de los otros; que sus discursos se retoman y revierten circularmente unos a otros; que la censura moderna se hace más por interiorización que por imposición externa. que, después de haber construido un ambiente intelectual, la industria mediático-política ha logrado un género más sutil y infinitamente insidioso de producción: lo que Foucault hace mucho formulaba en cuanto una producción bio-política.

Porque de bio-política hablamos cuando los investigadores en la especialidad médica observan como muy seria la hipótesis de que existan relaciones directas entre el incremento del tiempo pasivo de asistir a programas de televisión y el aumento de la obesidad en los niños de diversas sociedades occidentales; cuando se enuncian los principios de nuevas enfermedades relacionadas con el efecto-pantalla; cuando los sociólogos hablan en sus estudios de violentas alteraciones de las sociabilidades atomizadas; cuando los expertos en publicidad estudian los más inconcebibles detalles como la dilatación de la pupila humana ante distintos estímulos, a la hora de elegir las formas de presentación de nuevos productos; cuando se relacionan los influjos del cambio infinitesimal de los planos en la dramaturgia catódica de la publicidad televisiva –cuyo lenguaje se tornó matricial para todo el discurso mediático y hasta político; o, por ende, cuando se relacionan dichos choques visuales con la reducción de la duración de los ciclos de concentración de niños y adultos.

En efecto, parece que estamos ante la construcción de modos de pensar, pero también de ser, como estamos igualmente asistiendo a la definición de nuevas configuraciones/construcciones del cuerpo y del cerebro. Las consecuencias de la marcha continuada hace cinco décadas de un cambio de naturaleza propiamente ontológica, tiene las más profundas consecuencias. En su globalidad totalitaria, el dispositivo de condicionamiento mediático logró desactivar a la participación política. Y, más que eso, logró la des-estructuración de la conciencia política, en amplias geografías sociales y las premisas de la misma identidad: de servo a ciudadano, de ciudadano a contribuyente, de contribuyente a consumidor, de consumidor a la nada. Hoy día, La relación del espectador con la realidad mediática no es de rechazo ni de adhesión, pero sí de curiosidad, hacía notar hace muchos años ya Jean Baudrillard. En nuestros días, la curiosidad, por vía de lo que Diviani llamó la “neutralización del choque, cede frecuentemente su lugar a la indiferencia.

Una de las primeras que no la única consecuencia detectable del lado del público, un campo donde se levantan nuevos problemas y, lo que es más, nuevas condiciones y estatutos. El espectador, subraya Debord, es el que espera. El que espera y asiste sin la necesidad de participar. Estos cambios mayores nos llevarán necesariamente a incorporar en el análisis del dispositivo mediático no ya y apenas los temas de la propiedad de los medios, de su manipulación directa, de su condicionamiento visible, ero también un análisis del estatuto y actitud del receptor. A la vez que cumple observar el punto hasta dónde, siguiendo por la misma línea, las condiciones de receptor y productor se equivalen y se hacen comparables.

Ideología de anestesia

Lo que determina el ambiente intelectual contemporáneo, en occidente, parece ser, pues, el “carácter fáctico” que —como lo designa López-Petit— hace que la totalidad de las cosas exista bajo un tajante “es así”. Respecto al que no cabe cuestionar sino “adaptarse”. Eso nos lleva a indagar ahora ¿como se han adaptado aparentemente de modo tan perfecto los periodistas al periodismo, a sabiendas, además, de que van las cosas?

Si reculamos en el tiempo nos percataremos de la formación casi geológica de lo que algunos estudiosos y académicos han llamado una “ideología de cobertura”, que viene legitimando el papel social y también la auto-imagen periodística conformando a todo un modelo irreflexionado, donde no caben consideraciones como las que venimos haciendo.

Bajo su dictado principal, el que estudia o se forma periodista en la práctica de las salas de redacción, tiende a verse como parte de un universo periodístico o mediático tal que, funcionando como un campo autónomo, estructurado, con una deontología y una ontología profesionales bastantes para dotarlo de equilibrio, exención y objetividad, constituirá el último reducto de observación vigilante y, a la vez, correctiva de las distorsiones de los poderes en la sociedad.

Estudios recientes en comunidades periodísticas de cinco países permiten observar como, a pesar de que existan zonas de fractura de opinión entre los periodistas, sus indicaciones respecto a la profesión y a la función del periodismo reproduce mayoritariamente el dogma instituido a partir de mediados del siglo XIX e inclementemente infringido también a medida que iba instituyéndose y progresando. (Thomas Peterson y Wolfgang Donsbach, (1998) Media and Democracy Project, Cambridge, Ma., Shorenstein Center on the Press, Politics and Public Policy. Son estudiadas las comunidades periodísticas de Estados Unidos, Reino Unido, Alemania, Italia y Suecia). Muy resumidamente, la síntesis de dichas observaciones, nos indican que:

- 1) presiones de los dueños, son desestimadas por la mayoría de los periodistas a la hora de indicar los constreñimientos de la profesión;
- 2) lo mismo respecto a presiones de los superiores;
- 3) los principales elementos percibidos como limitaciones se relacionan con las rutinas productivas, falta de tiempo y espacio.
- 4) las prioridades que indican respecto al mejorar de la responsabilidad social del periodismo tienen que ver, antes todo, con las condiciones corporativas para su ejercicio: por ejemplo, acceso más fácil a documentos y fuentes oficiales.

De otra parte, los periodistas ponen en el mismo plan de irrelevancia cosas aparentemente tan distintas como sean “la no violación de la vida privada” y el “no dar destaque a posiciones extremistas en la sociedad”

Se sitúan a sí mismos en un marco político muy conveniente entre izquierdas (valor 1) y derechas (valor 7); las valoraciones están entre: 3.01 en Italia y 3.46 (Reino Unido y Suecia). Respecto a la objetividad, sorprendentemente el 3.1% es el valor máximo que se logra atingir entre todos los periodistas escuchados a la hora de valorar si una clarificación de su posición ante los hechos sobre que escriben ayudaría a tornar más objetiva su noticia. Es decir, de acuerdo con el dogma, una valoración de la objetividad centrada en proveer “más hechos” do que “opinión”, como si la selección de los hechos no entrara en cuentas respecto a la objetividad, ni otro tanto hiciera el planteamiento personal.

Casi 75% de los periodistas auscultados consideran que existe objetividad en el trabajo periodístico presentado por las empresas donde trabajan

Con pocas matizaciones regionales, “buen periodismo” es definido consensualmente como “la obtención de más hechos más allá de las opiniones de los dos partes de un enfrentamiento”

La función del periodismo es, siguiendo aún las indicaciones del estudio, la de “dar información al público”, antes de ser (por orden) un “modo de vigiar al gobierno”, un “medio de expresión de las personas”, o un “medio para la comunicación entre liderazgos”

Coherentemente, la importancia relativa de los elementos del trabajo periodístico en una sociedad son: el de dar información, descubrir problemas y ser el primero a saber; influenciar al público o a las decisiones políticas es minusvalorado, igual que tornarse “conocido”.

En sus conclusiones, explica el académico Nelson Traquina (que ha analizado los datos de este que fue el primer estudio de sociología comparada entre comunidades periodísticas de distintos países en su obra reciente “A tribo jornalística” - *La Tribu Periodística*) los periodistas son una comunidad interpretativa internacional [...] donde es notable que compartan del mismo ethos y conjunto de valores. Las cinco comunidades observadas concuerdan en la definición de buen periodismo, asocian muy fuertemente su trabajo con la objetividad; concuerdan al definir su papel principal “buscar noticias” y respectivas funciones asociadas en democracia. Tienen una auto-imagen relativamente de centro-izquierdas lo que se explica “por el apelo asociado al Cuarto Poder, en cuanto guardián de la democracia, contrapoder, voz de los más desfavorecidos y la relación simbiótica entre periodismo y democracia”,

Difícilmente podríamos laborar en equívocos más ingenuos. Pero así es. Quizá porque como escribió Nietzsche, “¡la letra con sangre, entra!”.